

Caracoles

Los aborígenes de las islas de la Reunión, en el océano Pacífico, llaman *maedú* a un caracol de mar que tiene una extraña particularidad: su cavidad espiral guarda las mismas proporciones que la cóclea, el huesecillo del oído medio donde se aloja el equilibrio. Este azar hace que su sonido sea muy diferente al del resto de los caracoles. Es por eso que para los aborígenes el *maedú* tiene ciertas propiedades mágicas. A ello contribuye, además, el hecho de que se trata de un caracol que no se encuentra fácilmente.

En la última noche sin luna, cuando culmina el ritual de iniciación en que los niños de las islas se transforman en hombres, los aborígenes ensayan un movimiento de cintura en espiral, se sientan en cuclillas, acercan el caracol a su oreja y aguardan un tiempo hasta que logran escuchar de dónde han venido y para qué han venido. Para la antropología no es difícil adivinar el origen del ritual: los hombres realizan los mismos movimientos que practica en forma natural una madre cuando está a punto de dar a luz. El ser nuevo que nace, ese hombre nuevo que se alumbró a sí mismo, ya está listo para saber quién es en verdad, de dónde viene y qué se espera de él.

A Puerto Madryn, el biólogo Julián Domenech trajo uno de estos caracoles hacia fines de la década del ochenta. Era la única pieza del museo que el visitante podía tocar. Es decir, llevarla a su oído: el sonido que se produce es realmente singular. Pegado a la pared, un modesto cartel, impreso con letra muy chica, indicaba en forma sintética lo escrito hasta aquí.

Solo los chicos se animaban a sentarse en cuclillas y escuchar con atención. Como para ellos todo es asombroso no encontraban nada en particular, acaso porque bien saben quiénes son y de dónde vienen.

Muchos dicen escuchar, sí, el ruido del mar, como ocurre con todos los caracoles, pero de manera más intensa.

Otros dicen lo que sabe la ciencia: es el movimiento del aire alojado en su interior lo que produce el rumor. Un rumor bastante particular, admiten.

Pero hay otros que escuchan algo como si fuera la propia voz interior. Así, en forma imprevista.

Antes del robo del caracol se habían constatado algunos hechos extraños.

Hubo un turista que se llevó el caracol al oído y quedó absorto y en silencio un rato largo. Esa noche fue al casino de Madryn y apostó todo lo que tenía. Acertó cinco plenos seguidos. Luego comenzó a perder hasta que lo perdió todo. Su mujer, al borde de un ataque. Él, con la sonrisa del hombre más feliz del mundo.

El hijo de un conocido abogado de la ciudad se llevó el caracol a la oreja seguro de escuchar algo distinto de lo que siempre había escuchado. Se recibió de abogado cinco años después, en La Plata. Una carrera ejemplar.

Se habla de un expresidente que en plena campaña se llevó el caracol a la oreja. No dijo nada, se limitó a sonreír con cautela. No cumplió nada de lo que dijo que iba a hacer.

Y hubo dos ocasiones en que después de escuchar al caracol un joven besó a una chica.

En la primera, la chica aceptó el beso enamorado.

En la segunda, la chica le pegó una cachetada.

Hay quienes dicen que esto último estaba preparado, porque la gente del museo no quería que se instalara un ritual amoroso en su sala. Un museo es un museo, después de todo.

Hay quienes han dicho, con la voz socarrona del buen positivista, que nada lograron escuchar. Sin embargo, tiempo después se los ha visto cometer hechos extraños, como meterse al mar en invierno, comerse una lata entera de palmitos, ser abatidos por una melancolía indecible.

Un día el caracol desapareció.

No hubo sospechosos.

O todos sospechaban de todos.

¿Quién querría llevarse ese caracol? ¿Y por qué? Acaso alguien escuchó que, por algún motivo, debía hacerlo desaparecer.

¿Y por qué hacer una cosa así?

Cuando se apoya un vaso en la oreja la concentración del aire produce un sonido parecido al de los caracoles.

Los chicos creen que es el mar, claro.

Cuando son ancianos, los hombres de las islas de la Reunión dicen que para saber quién es uno no hay que llevarse nada especial a la oreja. Pero eso, eso es algo que uno debe aprender solo.

Luis Sagasti